

PAUL GARNER: *PORFIRIO DÍAZ.*
DEL HÉROE AL DICTADOR. UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA *

“Allá en un lugar apartado del hemisferio occidental, se destaca la solitaria silueta de un Cromwell moderno: su espíritu, si de él eliminamos el fanatismo puritano del gran Protector, es idéntico al de éste en fuerza reconstructora. Su sola existencia demuestra que el alma no tiene nacionalidad, y que al escoger la envoltura material que va a animar, no se fija en preferencias de raza. Este hecho confirma la universalidad distributiva del espíritu humano, doctrina sostenida por Pitágoras. ¿Cómo es que del caos pudo Díaz hacer surgir el orden? [...] en México no había más que caos, no había más que sombras, no había más que civilización elemental; durante más de medio siglo la única luz que alumbraba las tinieblas salía de la boca de los cañones, y el bello cielo del septentrión americano aparecía teñido con resplandores de incendio.

Mas he aquí que del vértice de esa anarquía aparece un guerrero cabalgando, como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con espada reluciente. ¿Es un ángel exterminador, una

gota más de agua en la negra tormenta? No, es un rayo, pero un rayo más bien de luz que de muerte. Se abre paso en lo recio de la pelea, las legiones se desbaratan cual copos de nieve al soplo del viento del sur, dejando detrás de sí una mañana riente y un sol que orea la sangre del campo de batalla. Desmonta y mira el paisaje desolado que se extiende a sus pies, y luego, arrojando lejos de sí la armadura, coge el arado, abre el surco y planta la semilla. La tierra se cubre de verdura, los pájaros trinan y el grano germina. Los fugitivos se rehacen, y al ver las sementeras cuajadas de espigas, arrojan las armas, y volviendo la vista por todas partes para ver quien ha sido el autor de esa maravilla, ven a lo lejos, inmóvil, la figura de Díaz. Y como hijos de la naturaleza que son, se arrodillan en su presencia confundiendo al instrumento con la causa. Díaz les predica el evangelio de la paz, haciéndoles ver que la sangre sólo fecunda las ortigas y que el árbol del pan sólo florece y da fruto regado con el sudor del rostro.¹

* Garner, Paul (2003) *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política, México*, Planeta.

¹ León Tolstoi (1900) “Naturalezas fuertes”, publicado en el London Chronicle. Reproducido en español por Melesio Parra en El señor General Porfirio Díaz juzgado en el extranjero.

Un “Cromwell moderno”, un “rayo de luz”, así caracterizaba León Tolstoi a Porfirio Díaz, antes de 1900. Aquella era una mirada desde Europa, a manos del gran escritor ruso. Díaz había logrado proyectar una imagen de gran estadista mucho más allá de sus fronteras. Tal imagen se desvanecería tras la revolución mexicana de 1910 y Porfirio Díaz acabaría por engrosar aquella “galería de malos” conformada durante su mandato. Una galería encabezada por Iturbide y los imperialistas que habían apoyado a Maximiliano, a cuyas filas se incorporaría, tras la revolución de 1910, su propia figura.² A las apologías siguieron los vituperios y, sólo un siglo más tarde, parece que podremos lograr un acercamiento más equilibrado, más comprensivo, a la historia del último tercio del siglo XIX mexicano.

El *Porfirio Díaz* de Paul Garner traza primero los avatares historiográficos del personaje y de su régimen, para sumarse luego a este esfuerzo de los historiadores mexicanistas por entender la mecánica política decimonónica y la clave del ascenso y longevidad de un régimen como el porfiriano. Es éste un muy buen libro, una inteligente síntesis de los múltiples trabajos especializados sobre el tema—entre los que se cuenta el del propio Garner sobre la revolución en Oaxaca—, ilustrado con atinadas referencias de la correspondencia del archivo de Porfirio Díaz.

Pero además de la calidad académica del trabajo y de la capacidad del autor para presentar esta imagen de un hombre y una época recogiendo una multiplicidad de trabajos más particulares, el libro tiene

todavía otra cualidad: su posibilidad de alcanzar a un amplio público. Garner optó por escribir una biografía, que es un género que trasciende con facilidad el ámbito académico y que—con buena pluma, como es el caso— puede alcanzar a círculos de lectores muy alejados de las aulas universitarias.

Garner responde así a uno de los grandes retos del historiador contemporáneo: la divulgación de sus hallazgos. Entre paréntesis, habría que decir que, desgraciadamente, la biografía es un género muy poco cultivado en nuestro país; y que el *Porfirio Díaz* que hoy presentamos responde, más bien, a la tradición biográfica inglesa, de larga y envidiable trayectoria.³

Paul Garner ha escrito la biografía de un hombre público, cabeza de un régimen personalista que dirigió los destinos de México a lo largo de tres décadas. Le interesa explicar su llegada al poder, analizar las ideas y prácticas que le permitieron guardar las riendas del país por tantos años y, para concluir, entender las razones de su caída. Su tesis principal descansa en la idea de la existencia, a lo largo del siglo XIX mexicano, de dos culturas políticas radicalmente distintas: una de orígenes coloniales o aun anteriores, que articula a la sociedad política a partir de redes sociales personalistas, jerárquicas, autoritarias—relaciones clientelares—, cuya mejor expresión se encuentra en la figura del cacique y, mejor aún, en la del caudillo; la otra, una tradición liberal, anti-corporativa y partidaria de instituciones representativas, comprometida con el reconocimiento de la soberanía popular.

² Jean Meyer, entrevista por Alicia Salmerón y Elisa Speckman, *Secuencia* 52, enero-abril 2002, pp. 201-216.

³ El libro de Garner fue publicado originalmente en inglés, como parte de la prestigiada colección “Profiles in Power”, de la casa británica Longman, en 2001.

Y la clave del éxito y longevidad política de Díaz, sostiene Garner, está en su capacidad para articular ambas culturas. El autor parte aquí del estudio ya clásico de François-Xavier Guerra sobre el porfiriato,⁴ pero hace eco también de algunos de los cuestionamientos recibidos por éste y de aportes historiográficos más recientes. El libro de Guerra, aparecido hace ya 18 años, sostenía que el grueso de la sociedad mexicana durante el siglo XIX se movía sobre la base de esa cultural clientelar y, que hasta finales de siglo, sólo una elite política comulgaba de las ideas liberales. Garner nos habla ya de grupos más amplios partícipes del proyecto liberal –refiere incluso un “liberalismo popular”–, si bien, con toda justicia, recupera la importancia de las relaciones patriarcales y de patronazgo siempre presentes.

Porfirio Díaz se inició en la política con la bandera de un liberalismo radical, pero como parte de grupos informales personalistas –de camarillas–; asimismo, participó en la guerra de Reforma y en la resistencia frente a la invasión francesa, como jefe de cuerpos milicianos –los de la Guardia Nacional– en los que, de nueva cuenta, se mezclaban vocaciones liberales con prácticas caciquiles en lo que algunos han llamado un “liberalismo popular”. Y armado de ese complejo de principios y lealtades llegó a la presidencia de la República. Una vez ahí, la “esencia” de la política porfirista, nos dice Garner, estuvo en “un proceso de negociación y renegociaciones constantes”: en una política que si bien recurría a prácticas autoritarias, se basaba sobre todo en “la mediación, la manipulación y la conciliación”.

⁴ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988. 2 t.

Ahora bien, como toda negociación implica concesiones –muchas de las cuales se hicieron a costa de los principios liberales antes enarbolados–, hubo una tensión entre ideología y práctica política. Díaz no se involucró en discusiones ideológicas, pero salió en su apoyo un grupo de intelectuales que más tarde sería conocido como los “científicos”. Desde el periódico *La Libertad*, estos intelectuales propusieron una ideología liberal-conservadora o “desarrollista” que, colocando los principios constitucionales como un ideal a alcanzar, proponían para el corto y mediano plazo una política de lo posible. Esta propuesta, si bien conservó la bandera liberal, justificó las limitaciones impuestas por el régimen a las libertades políticas. Díaz representó así, durante los primeros años de su administración, lo que Garner ha llamado un “liberalismo pragmático”.

La política porfirista, desde antes de 1876 y hasta la caída del régimen, se apoyó en una amplísima red de lealtades personales, que atravesaba todos los estratos sociales. Apoyado en ella y siempre justificado por el “desarrollismo” postulado por los “científicos”, tras la primera reelección de Díaz fue cobrando forma un “liberalismo patriarcal”. A partir de 1884 se fue consolidando la autoridad personal de Don Porfirio –Díaz “se volvió el patriarca de la nación”– y el régimen se fue haciendo cada vez más centralista y autoritario, aunque sin renunciar nunca a las formalidades del constitucionalismo liberal.

Díaz garantizó su preeminencia política erigiéndose en árbitro por sobre las luchas entre las diversas fuerzas y camarillas porfiristas; desde una posición de superioridad se acercó a la Iglesia y afirmó su autoridad sobre los gobernadores.

La política económica del régimen fue su carta fuerte: le garantizaba la lealtad de las elites y justificaba en la práctica su poder autoritario. Con Porfirio Díaz se dio gran impulso a la red ferroviaria, se eliminaron aranceles internos, se fomentó un mercado nacional, se reguló el comercio, se favoreció la inversión...

Asimismo, su política exterior le dio estabilidad al régimen: logró el reconocimiento internacional y atrajo la inversión de los capitales que la economía demandaba. Aunque tal estabilidad se vio afectada después de 1898 cuando, en un intento por equilibrar fuerzas ante el creciente poderío estadounidense, Díaz comenzó a favorecer al capital europeo y puso al vecino del norte en su contra.

Los calificativos de radical, popular, pragmático y patriarcal aplicados por Paul Garner al liberalismo de Díaz en los diferentes momentos de su vida le permiten proponer una periodización –muy personal, por lo demás– de la biografía del personaje y de su régimen. Su ascenso al poder se entiende a partir de los dos primeros, su permanencia en el gobierno a partir de los dos siguientes. Tras los cuatro hay un complejo de prácticas políticas basadas en una autoridad personal y patriarcal, pero también una defensa de libertades y garantías constitucionales. El gran mérito de Díaz, dice el autor, fue construir un *modus vivendi* entre ambas culturas políticas. El equilibrio alcanzado permitió una estabilidad –aunque nunca exenta de conflictos– y, en ese marco, se logró la consolidación del Estado y de la nación.

Sin embargo, el liberalismo de Díaz no pudo adaptarse ya a los requerimientos del nuevo siglo. El patriarcado no podía dar respuesta a una nueva sociedad pro-

ducto de las profundas transformaciones económicas de las dos últimas décadas del XIX. La sociedad era mucho más compleja que en años precedentes y los espacios políticos de un régimen apoyado en redes personales eran necesariamente limitados; el desarrollo económico acelerado y desigual provocaba fracturas a nivel social, tanto en el campo como en la ciudad; la respuesta del gobierno a los conflictos sociales fue torpe y represiva; el problema de la sucesión presidencial resquebrajó a la propia elite política. A estos problemas estructurales se sumaron una cadena de errores políticos que desembocaron en el estallido revolucionario de 1910, en el exilio de Díaz, en el fin de un régimen...

Tras el relato de Garner encontramos las grandes obras sobre el porfiriato, desde *El verdadero Díaz* de Francisco Bulnes hasta la *Historia moderna de México* de Daniel Cosío Villegas; así como las obras imprescindibles de François-Xavier Guerra, Charles A. Hale, Marcello Carmagnani, Guy Thompson, Florencia Mallon, Alicia Hernández y Alan Knight, entre las de muchos otros historiadores que en las últimas décadas han reinterpretado diferentes aspectos de la vida porfiriana y de su crisis. Imposible enumerar aquí los aportes historiográficos recientes que el autor retoma en su libro –ni los que, con toda conciencia, ha dejado de lado– y que le permiten una explicación de la carrera del caudillo. Sin embargo, quizá podamos referir alguno. A modo de ejemplo, tomemos el caso del liberalismo calificado de “popular”, a partir del cual Garner explica el triunfo del Plan de Tuxtepec.

La llegada de Díaz a la presidencia de la República, nos dice Garner, puede entenderse como resultado de una coali-

ción de fuerzas regionales, de conformación ideológica heterogénea, que comprendía desde posturas liberales radicales hasta las más moderadas de quienes habían tomado el partido de Maximiliano, pero que tenían en común su resistencia al impulso centralizador que acompaña a todo proceso de consolidación estatal. Pero más allá de esta constatación, en general aceptada, Garner recupera la historiografía reciente interesada en explicar la naturaleza de la participación popular en las luchas partidistas del siglo XIX.

En particular, sigue los estudios que se ocupan de la incorporación a las guerras de Reforma e intervención de los grupos indígenas del centro y sur del país al lado de jefes regionales comprometidos con un programa liberal –vía las milicias cívicas y la Guardia Nacional–, como fue el caso de amplios contingentes en Puebla, Tlaxcala, Guerrero y Oaxaca; experiencia a la que es posible asociar el movimiento popular que apoyó los levantamientos de Porfirio Díaz contra Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada. Garner retoma a varios de los autores que se han ocupado del tema (Carmagnani, Mallon y Thompson) y señala algunas de las diferencias entre sus propuestas –aunque sin entrar realmente en el debate abierto por ellos–.

Garner recupera la idea de que la cercanía entre el cacique y sus huestes, entre el caudillo y sus seguidores, había sido más complicada que la simple relación tradicional de protección-obediencia: esa relación había incorporado algunos elementos “modernos” y, en el camino de la formación de esos vínculos, la sociedad política se había ido haciendo cada vez más compleja.

Así, nos habla Garner –como en su momento lo hizo Mallon– de un pueblo armado de un “liberalismo popular”, que tenía como principal bandera la autonomía municipal. Nos habla de un pueblo, en ese sentido, “liberal”. Desde luego que el autor apela también a los trabajos de Thompson en esta dirección, quien de manera más prudente y serena presenta ese “liberalismo popular” como la expresión de las “estrategias de autoridades locales y otros miembros de comunidades campesinas” para conservar la propiedad comunal y otras prerrogativas corporativas.

Thompson parece advertir que, más que a una lógica estrictamente liberal, lo que se encuentra tras la alianza de los pueblos y sus caciques con los jefes liberales es un trato encaminado a proteger sus tierras. Garner, por su parte, reconoce además que las Guardias Nacionales no siempre sellaron esas alianzas con los pueblos indígenas, que en otras regiones –como ha mostrado Carmagnani– constituyeron más bien instrumentos de dominación de un poder “hispano-mestizo” por sobre los pueblos y que, si efectivamente representaron un ensanchamiento de la sociedad política moderna, éste se dio en términos de la incorporación de sectores medios a una vida política local y no tanto de amplios grupos populares.

Con el concepto de “liberalismo popular”, Paul Garner recupera para la tradición liberal a sectores de la sociedad que antes se habían considerado ajenos del todo a la política moderna; con apoyo en ese concepto –aun con todas las precauciones a las que su uso obligue–, es posible ensayar nuevas explicaciones del acceso de Porfirio Díaz al poder.

Al margen de los debates que el libro de Garner pueda provocar, que sin duda

los habrá, hay un punto más que quisiera señalar. Éste se refiere al balance historiográfico que hace el autor y, más precisamente, a su clasificación de los estudiosos del tema en razón de sus filias o fobias para con Don Porfirio. Garner clasifica a los historiadores en porfiristas, antiporfiristas y neoporfiristas. Los que él llama “porfiristas”, lo fueron efectivamente en razón de su postura política, de su compromiso abierto con el régimen; en varias ocasiones, tales escritores fueron los ideólogos mismos del porfirato.

Algo similar puede decirse acerca de los que escribieron una “historia” de clara intención política en contra de Díaz. Si no fueron antiporfiristas de fusil en mano, lo fueron en tanto constructores de una “leyenda negra” del pasado inmediato para justificar la revolución y legitimar al régimen de ella surgido. Su filiación partidista era clara. Y a ellos le siguieron todavía quienes no pudieron ver al viejo régimen sino “exclusivamente a través del prisma de la revolución de 1910” —como nos dice Garner—: aquellos que, lejos de intentar una valoración de la obra porfiriana en su conjunto, se centraron en la consideración de sus últimos años, en su “agonía después de 1908”, lo que sólo podía acentuar, “sus fallas y debilidades, a la vez que [distorsionaba] el análisis de sus logros”. De alguna manera, esta banda negra que el mito de la revolución puso sobre los ojos del historiador y de la que apenas ha comenzado a librarse, podría justificar también el apelativo de “antiporfirista”.

Sin embargo, encuentro poco afortunada la calificación de “neoporfiristas” para una historiografía interesada en una mejor comprensión del periodo en cuestión.

El término me parece si no una argucia, al menos una concesión gratuita en favor de un juego de palabras, más que una justa valoración de una historia que ha reaccionado, sí, en contra de una visión estigmatizada de una época y de un personaje, pero que tiene en su favor mucho más que prejuicios o argumentos partidistas.

Los estudios de las últimas dos décadas sobre el porfirato se privilegian del natural adormecimiento de las pasiones que sigue a un siglo de distancia, así como de propuestas metodológicas que permiten construir historias más equilibradas; también de la desmitificación paulatina de la que ha comenzado a ser objeto la revolución de 1910, y del alejamiento que la academia puede guardar hoy en día con relación al poder y sus contiendas. Los esfuerzos de la historiografía mexicana reciente por recuperar al porfirato, me parece, obedecen más a esfuerzos comprensivos del pasado —algo que, por lo demás, Garner reconoce—, que a filias que justifiquen el calificativo partidista que les asigna.

En cualquier caso, la valoración que hace Garner de lo tardío de este esfuerzo por comprender el porfirato, por recuperarlo para la historia mexicana, es muy justa. Y aún falta mucho trecho por andar. Pues como decía Jean Meyer hace poco, aunque la historia nacional ha comenzado a recuperara a los “malos de la historia” y pronto algunos como “los imperialistas van a dejar de ser vistos como traidores y se va a reconocer la presencia de muchos liberales en los primeros gabinetes de Maximiliano”, con relación a Porfirio Díaz vamos más despacio. Y esto es así, continúa Meyer, porque el “México actual se legitima [todavía] a partir de la revolución

mexicana. [...] Dentro del propio porfiriatto –nos dice– será más fácil el rescate de lo económico e incluso de lo social.

La historia económica ha rehabilitado esta etapa y reconocido los aportes a la modernización del país; en el plano de la historia social se está eliminando la leyenda negra en torno a los hacendados y a los capitalistas porfirianos, al compararlos con los empresarios de otras naciones en la misma época y a lo largo de todo el siglo. El nivel de lo político, en cambio, es más delicado. La historia política no se puede tocar porque para la leyenda dorada de la revolución mexicana se necesita un antiguo régimen malo, y si ese antiguo régimen malo no lo es en lo económico

y en lo social, pues entonces hay que afe-rrarse a lo político”.⁵

Pero a pesar de todo, algo se ha avanzado y, desde luego, el libro de Paul Garner representa un salto importante para la comprensión del último tercio del siglo XIX mexicano. Y el *Porfirio Díaz* de Garner, justo por estar lejos de ser un tratado “neoporfirista”, está siendo muy valorado desde la academia. Se trata de una mag-nífica síntesis histórica y de un esfuerzo por alcanzar a un público amplio que, sin duda, está encontrando respuesta.

Alicia Salmerón
Instituto José María Luis Mora

⁵ Jean Meyer, entrevista por Alicia Salmerón y Elisa Speckman, *op.cit.*